

—Eso será una mentira.
 —Sólo eso puede salvarme.
 —Pero...
 —Si hablas, soy perdido.
 —¡Roland!
 —Lo quiero.
 —Sea—dijo ella temblando;—obedeceré.
 ¿No quieres más?
 —Lo demás queda á mi cargo.
 —¡Me inspiras miedo!—murmuró la vieja juntando las manos.
 —No me extraña—contestó él con aire feroz,—porque me inspiro miedo á mí mismo; pero no quiero la miseria... ¿lo oyes?... no la quiero. ¡Silencio!
 Pasó á la habitación inmediata á esperar el día.

A las siete y media Brigida le vió atravesar la plaza y dirigirse al campo.

III

Amigos de la infancia

Roland Beroult siguió un camino vecinal, flanqueado por dos hileras de álamos, y bordeando un arroyo medio helado, penetró en un paseo de hayas que ofrecía una perspectiva risueña. Al extremo de él distinguíase una de esas casas que abundan tanto en la Turena, y cuya antigüedad se remonta á doscientos ó trescientos años. Era un modesto palacio rodeado de un pequeño jardín. Al descubrir esta casa, Roland moderó su marcha. ¿Qué iba á hacer allí?

Al reflexionar sobre el móvil que le impulsaba se le oprimió el corazón, sintiendo impulsos de volverse; pero rehaciéndose por un esfuerzo de su indomable voluntad, siguió adelante con paso tranquilo hasta llegar á la verja del jardín.

Al abandonar el servicio, el coronel Souvray se había retirado allí, viviendo en la más completa soledad, lejos del mundo, por el que nunca había experimentado simpatía alguna, y arrastrando á aquel aislamiento á sus dos hijas, que aceptaron resignadas esta existencia, equivalente á una reclusión, hasta el punto de que sus relaciones no se extendían fuera de Serigné y sólo con algunos vecinos.

Cuando Roland llegó á la puerta del Fresno, vino á abrirla una joven como de veinte años, de suprema distinción, y que á la vista del recién venido dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—¿Sois vos?—dijo.—¿A qué casualidad se debe vuestra visita?

—No me trae la casualidad, sino mi voluntad.

—¡Ah!—dijo la joven.—¿Deseais tal vez ver á mi padre?

—A él luego; antes á vos.

Un vivo carmin coloreó el rostro de la joven.

—¿A mí?—dijo con aire resignado...—Si quereis...

Y le invitó á entrar.

Roland movió la cabeza.

No—dijo extendiendo la mano en direc-

ción al pequeño bosque, en el cual terminaba un tortuoso paseo.—Allí podemos hablar mejor.

—¡Jesús!—exclamó ella—¿Tan misterioso es lo que quereis decirme?

—Misterioso no, pero sí muy interesante, al menos para mí.

La joven se encogió de hombros, sonrió melancólicamente, y bajó los escalones de piedra que separaban la puerta del jardín.

—¿No tendreis frío?

—No temais, soy fuerte.

—¿Y vuestro padre? He debido empezar por pedir os noticias suyas.

La joven suspiró.

—Me causa grandes inquietudes—dijo, contestando á Roland.—Temo que le perdamos pronto y quedemos solas mi pobre Luisa y yo.

—¿No teneis parientes?

—Ninguno.

—¿Pero tendreis amigos?

—Menos aún; los que lo eran en nuestra infancia nos han perdido de vista y olvidado.

—Vos os casareis, Margarita.

—¿Quién sabe!

—Se habla de proyectos...

La joven se ruborizó nuevamente. Confesó que en efecto, se había tratado de casarla con un joven de la vecindad, hijo de un rico industrial de las cercanías.

—¿M. Duperrier?—preguntó Roland.

—¡Ah! ¿Lo sabiais?

—Todo el mundo habla de ello, y eso es precisamente lo que me trae...

—No hay nada decidido.

—Entonces llego á tiempo, gracias á Dios.

—No os entiendo—dijo ella.

El tono naturalmente imperioso del joven, se cambió en humilde y suplicante.

Reflexionando, había entrevisto una tabla de salvación.

Margarita Souvray era rica después de todo. Las veinte mil libras de renta de su padre, le debían pertenecer dentro de poco, puesto que el coronel no ofrecía larga vida ni tampoco la única hermana de Margarita, amenazada por una tísis.

La joven era, por consiguiente un buen partido, que ofrecía además la ventaja de poder ocultar la ruina de Beroult y disimular el abuso de confianza respecto á la fortuna del coronel.

—Margarita—continuó Roland, con acento apasionado—existe un secreto en mi vida y ha llegado el instante de revelar oslo.

—¿Un secreto—murmuró ella—entre nosotros?

—En tres palabras os lo daré á conocer: Yo os amo.

—¿Vos?

—Con pasión y desde hace mucho tiempo. Si he esperado tanto para decirlo, es porque quería ofrecer os una posición digna de vos, estar seguro del porvenir.

—¿Y lo estais ya?

—Al menos creo estarlo. Tengo fé... La fortuna me ha protegido...

—Decid vuestro mérito,

—No soy tan vanidoso. Hay un antiguo proverbio que dice: «Ayúdate y Dios te ayudará.»

—¿Y os habeis ayudado?

—Todo cuanto he podido. La suerte me ha ayudado por su parte; la suerte ó Dios, como queráis.

—No os suponía tan creyente.

—No sé, en efecto, si soy ó no soy creyente, á la manera que lo entendeis; pero hay una cosa en que creo.

—¿Cuál?

—El amor que me habeis inspirado desde hace mucho tiempo, Margarita. Ligado desde nuestra infancia por relaciones de familia, fué para mí un suplicio el alejarme de vuestro lado. Hubiera querido venir á menudo para veros, para hablaros y deciros cuanto os amaba. Pero el tiempo pasa con la rapidez del vértigo, y además, ya lo sabeis, siempre se espera el mañana para realizar los proyectos que más nos interesan. La noticia de vuestro matrimonio me ha sacado de la falsa seguridad en que vivía y me he apresurado á veros. Decidme que no aceptais el marido que se os ha designado, que me creereis cuando os diga que os amo, que os adoro, que quiero consagraros mi existencia y elevaros á una posición digna de vos... Todo me favorece... Puedo ser perfecto mañana. No habrá esfuerzo que no intente por rodearos de todo el esplendor y del bienestar que constituye el anhelo de las mujeres. No me limitaré á amaros, os idolatraré.

—¿Era eso todo cuanto teníais que decirme?—preguntó la joven después de una breve pausa?

—¿Qué más podría añadir?

—Nada, en efecto.

El tono casi glacial de la joven hizo comprender á Roland que iba á abrirse bajo sus pies la débil tabla á que se había acogido.

—Vamos—dijo con voz temblorosa—sed sincera. ¿Qué decidís?

—¿Queréis que sea franca?

—Sí.

El corazón de Roland palpitaba fuertemente. Margarita era el árbitro de su destino, porque si se negaba, no tenía Roland más medio de salvación que un crimen.

Además, en el fondo, su declaración era verdadera. Hacía mucho tiempo que la hermosura de la joven le había inspirado una pasión violentísima.

La voz serena de Margarita rompió el silencio:

—Mi querido Roland—dijo—os agradezco esta prueba de amistad y estimación, que no puede menos de halagar á una joven; pero, en primer lugar, estoy comprometida; y, aparte de todo, no puedo ser vuestra esposa.

—¿Por qué?

—Porque nuestros gustos, nuestros caracteres, son tan distintos como el agua y el fuego. En el largo tiempo que nos conocemos, me habéis favorecido alguna vez con vuestras confidencias. Sois ambicioso y yo no tengo ambición; anheláis una vida de lujo

y de grandezas, y yo sólo deseo una existencia apacible, escondida en un pueblo, con algunos amigos, y ocupada en hacer el bien en la medida de mis fuerzas. Yo amo el silencio y la soledad; vos buscáis ávidamente el esplendor, el ruido y las fiestas. Esta es la verdad. Dejadme, pues, entregada á mi suerte y sigamos cada uno nuestro camino. Desde la infancia nos unen lazos de buena amistad: seamos siempre amigos. Esto es lo que puedo contestar á vuestra petición, que guardaré como uno de los recuerdos más agradables en el fondo del alma.

—¿Y que rechazais?—preguntó el joven con amargura.

—Es preciso.

—¡Ah!—exclamó Roland colérico, — entonces es que le amais.

—¿A quién? ¿A Mr. Duperrier?

—Sí.

—No sé si le amo, ni si me casaré con él —respondió la joven con firmeza.—¿Quién puede asegurar que se hará una cosa mientras no esté hecha? Pero no me desagradaría la vida que él me ofrece en una población de pobres necesitados de ayuda y protección; es más, la aceptaría con gusto.

Roland soltó la mano de la joven que tenía entre las suyas y murmuró con reconcentrado despecho:

—¡Margarita! Me proporcionais el más cruel de los desengaños, pero puesto que es preciso, me resignaré:

Margarita procuró sonreirse y dijo con dulzura angelical:

—Sed razonable y aceptad la amistad que os propongo.

—No; todo ó nada—respondió Roland, colérico.

Margarita hizo un leve movimiento de hombros y dijo con inocente coquetería:

—Ya reflexionaréis.

—Nunca reflexiono mucho. Sobre el campo de batalla son necesarias la actividad y la prontitud.

—Pero aquí no estamos en un campo de batalla, sino en Serigné, mi querido Roland.

—Os equivocais, Margarita. La vida es un combate, en el que se lucha por la felicidad, por la fortuna, por el amor, y á veces por el honor. Eso hago yo aquí. Os amo y me rechazais, es decir, me convertís en vuestro enemigo. Os ofrezco una alianza y no la quereis. Tanto peor para mí y tal vez para vos. No os digo más ahora porque os parecería un enigma; más tarde lo comprenderéis. Os ruego que me conduzcáis á presencia de vuestro padre: ¿podrá recibirme?

—Sí, y os aseguro que será muy dichoso en veros.

—Vamos.

Los dos se dirigieron silenciosamente hacia la casa, envuelta por densa bruma. El jardinero pasó por su lado conduciendo un carretón lleno de tierra, casi al mismo tiempo que la criada se dirigía por el camino de Serigné, con la cesta en el brazo.

La vista de estas dos personas, causó vivo placer á Roland.

Los dos únicos criados del coronel abandonaban la casa.

En el dintel de la puerta, se volvió hacia Margarita.

—Reflexionad—le dijo.—Es nuestro porvenir lo que se decide.

—He reflexionado.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Insistís en vuestra negativa?

—Insisto—dijo la jóven.

Y suspirando añadió:

—Por vuestro bien y por el mío.

—Sea—dijo Roland con voz alterada.—Entremos.

IV

Saldo de cuentas.

El coronel Souvray acababa de levantarse. Siempre cuidadoso de su persona, vestía un sencillo y elegante traje de mañana, con el que ofrecía, visto de lejos, cierta apariencia de juventud. Pero de cerca se observaba la gran demacración producida por los intolerables dolores de una enfermedad incurable, vencedora de todas las energías de aquel cuerpo que antes desafió todas las fatigas.

Su hija se aproximó, y besándole en la frente, anunció la visita de Roland, que seguía á la jóven.

—¡Oh, amigo mío!—dijo el coronel, sonriéndose.—¿Habéis llegado esta noche?

—Hace cuatro horas, y como debo regresar hoy mismo, me he apresurado á venir.

—Os lo agradezco, tanto más, cuanto que venís á ver á un viejo, una verdadera ruina que no puede durar mucho.

—¡Coronel!...

—Sé lo que digo. Hablemos de vos. Navegáis á toda vela. El secretario, el protegido del conde Magny, una potencia...

—El conde es, efectivamente, muy bondadoso conmigo.

—Porque lo merecéis. Todo os sonrío.

—¿Todo?—repitió amargamente el joven, dirigiendo una insistente mirada á Margarita.—Todo no. Sería entonces demasiado dichoso; y sobre esto, precisamente, tengo que hablaros.

—Os escucho, amigo mío—dijo el coronel; y dirigiéndose á su hija, añadió:

—Déjanos, hija mía.

Margarita salió sin responder. Roland oyó el ruido de dos ó tres puertas que se cerraban. Los dos hombres quedaron solos.

El coronel movió tristemente la cabeza, diciendo:

—¡Pobre hija! ¿qué le quedará dentro de poco? El estado de su hermana me inquieta mucho. ¡Ay, amigo mío! ¡Qué pena tan terrible me produce el abandonarlas!

—¿No puede oiros Luisa, coronel?

—No; desde que está tan mal, la he trasladado al otro extremo de la casa, porque las idas y venidas de su hermana á mi habitación, turbaban su reposo. Mi pobre Ro-

land, esto es casi un hospital. ¿Y vuestro padre?

—Siempre el mismo, coronel. Una salud penosa con la que vivirá cien años, á Dios gracias... Quería—dijo interrumpiéndose,—hablaros de lo que me trae á vuestra casa.

—¿Qué es ello?

—Un proyecto tocante al corazón, pero tengo que renunciar á él. Amo á Margarita...

—Y con razón, ¡vive Cristo! Yo no debiera hacer su elogio; pero es una hija admirable. Una sencillez, un valor, un cariño...

—La amo—repitió el joven,—pero ella me ha arrebatao toda esperanza. La casualidad ha hecho que la encuentre á mi llegada y me he creído autorizado por nuestra amistad de la infancia, á revelarles mis sentimientos... Todo ha terminado...

—Dejemos esto—añadió con firmeza,—y hablemos de negocios. Mi padre me ha explicado su situación respecto de vos y me ha encargado arreglar este asunto.

El coronel balbuceó algunas frases.

—Nada más natural—prosiguió el joven.

—Mi padre también está fatigado por el peso de la edad y necesita reposo. En algunos minutos podemos solventar las cuentas.

Roland fué á sentarse delante de un velador colocado cerca de una ventana; miró hacia el jardín con aire inquieto, y después de asegurarse de que nadie llegaba á la casa, sacó del bolsillo un paquete de títulos y un legajo de billetes de Banco.

—Veamos primeramente—dijo—si estamos de acuerdo en las cifras.

Enumeró rápidamente las sumas confiadas á su padre, los valores adquiridos por el coronel; hizo la cuenta de los intereses, y concluyó diciendo:

—El saldo á vuestro favor, coronel, asciende á dieciseis mil seiscientos cincuenta y dos francos, que os traigo, y os agradecería que tuviérais la bondad de darme el correspondiente recibo.

—Es muy justo: además os entregaré los que tengo de vuestro padre. Allí están—dijo el coronel, señalando un armario antiguo que tenía puesta la llave en la cerradura.—Extended vos mismo el documento y yo lo firmaré, porque mi debilidad no me permite otra cosa.

Cuando Roland concluyó de escribir, alargó una pluma al coronel, que hizo un esfuerzo para levantarse; pero se desplomó sin alientos sobre el sillón, exhalando un quejido. Roland estaba de espaldas al anciano, inclinado sobre el velador y fingiendo leer el documento que acababa de escribir; pero en realidad estaba calculando con la sangre fría de un bandido las consecuencias del espantoso crimen que proyectaba. La casualidad le favorecía. Fuerte y vigoroso, se encontraba á solas con un enemigo confiado, debilitado por la enfermedad y cuya vida pendía de un hilo, en una casa aislada, y para colmo de sus deseos tenía á la mano todos los documentos de que dependían el honor y la fortuna de su padre, que eran ya los suyos.

Todo podía caer en su poder una vez muer-

to su acreedor: su crimen no tendría testigos. La duda en aquel instante significaba para él la perdición, la ruina y la deshonra. Además no tenía tiempo que perder. Una visita, la llegada de un criado trastornarían todos sus planes, y entonces estaba perdido.

Todas estas ideas pasaron en un momento por su ánimo y se decidió. Volvióse hacia el coronel, que le miraba sonriendo.

—Dadme ese documento.

—Roland se lo presentó.

—Está bien—dijo el coronel, después de leerlo, y se inclinó para firmarlo.

Entonces el miserable se arrojó sobre el anciano, y echándole las manos al cuello, le apretó sofocando el grito de angustia arrancado á la víctima por tan traidora sorpresa. El asesino no necesitó esforzarse, el coronel después de cortas convulsiones, quedó inmóvil.

Consumado el asesinato, debía serlo también el robo. El secretario revisó en pocos momentos los papeles que contenía el armario encontrando entre ellos un legajo que tenía escrito sobre su cubierta: «Cuenta Beroult.»

Una vez seguro de que allí estaban todos los recibos de su padre, Roland guardó el legajo con los billetes y los valores que había extendido sobre la mesa para engañar á su víctima, y llegándose al cadáver lo examinó atentamente.

Los rasgos de la fisonomía del coronel habían adquirido esa serenidad que imprime

la muerte sin agonía. El asesinato no dejaba huellas.

El asesino abrió una ventana, y viendo al jardinero que regresaba á la casa, le gritó:

—¡Un médico en seguida!... El coronel se ha agravado.

Margarita, asomada á un balcón en el otro extremo de la casa, oyó á Roland y corrió hacia la estancia, diciendo á su hermana:

—¡Ven, Luisa!

Margarita se arrojó á los pies de su padre sin pronunciar una palabra: al verle comprendió la horrible verdad.

Poco después llegó su hermana con la desolación pintada en el rostro.

Luisa Souvray tenía apenas diez y siete años. Había sido hermosa, pero de su belleza apenas conservaba sus ojos, de color de cielo, que parecían mayores en aquella cara pálida y enjuta, como si un fuego interior hubiera devorado sus carnes sin respetar más que la piel. Alta y delgada, la enfermedad la había abatido. Su pecho, sacudido por una tos continua, formaba una honda concavidad, hacia la que llevaba sus afilados dedos procurando sofocar una tortura intolerable.

Las dos hijas contemplaron un momento la faz pálida de su padre y le besaron en la frente, ya fría. Después se arrojaron en brazos una de otra, mezclando sus lágrimas.

—No nos separaremos nunca—murmuró la mayor.—No temas nada, te quedo yo.

No tardó en llegar el médico; buena per-